

TRADUCCIÓN

ABE KOOBOO: LA MALETA

Traducción del japonés e introducción:

GUILLERMO QUARTUCCI
El Colegio de México

ABE KOOBOO,* UN AUTOR que se adelantó a su época en varios lustros, comenzó a transitar por el camino de la narrativa más o menos simultáneamente con la derrota de Japón en la segunda guerra mundial. En esos momentos, el ambiente intelectual japonés se encontraba fuertemente marcado por los acontecimientos sociales: por un lado, el sector progresista, con diversos matices, buscaba plasmar en sus obras de imaginación nuevos derroteros que sirvieron de punto de partida para la reconstrucción del país; por el otro, los conservadores no dejaban de lamentar la desaparición inminente de valores considerados esenciales para la identidad nacional y acrisolados a lo largo de varias centurias, que habían probado su ineficiencia en un mundo irremisiblemente distinto.

Abe, a pesar de estar consciente de la necesidad perentoria de un cambio, no estaba tan seguro de cómo llevar a cabo

* Para información sobre Abe Kooboo y su obra véase Kazuya Sakai, *Japón: hacia una nueva literatura*, cap. 6: "Abe Kobo y la nueva narrativa", México, El Colegio de México, 1968.

Guillermo Quartucci, *Abe Kobo y la narrativa japonesa de posguerra*, México, El Colegio de México, 1982 (col. Jornadas, 98).

Guillermo Quartucci, "Abe Kobo: ¿un autor kafkiano?", en *Anuario de letras modernas*, vol. 2, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1984, pp. 67-70.

ese cambio en la literatura, como si hubiera desconfiado por igual del discurso que fácilmente puede tornarse en panfleto o de lamento nostálgico por un pasado en rápido proceso de extinción que conduce a la parálisis y al aniquilamiento. Es por eso por lo que desde un comienzo optó por el discurso alegórico, por la parábola literaria: sus obras no plantearían problemas sociales inmediatos ni tampoco se hundirían en las aguas turbias de un supuesto pasado mejor; simplemente, reproducirían el mundo tal como aparece a los ojos de un observador atento, con todas sus incongruencias, contradicciones y absurdos, evitando los comentarios y las interpretaciones discursivas. A la manera de las fábulas tradicionales del este de Asia y Europa (Esopo fue su fuente de inspiración en la fase primera de su carrera), sus personajes serían arquetipos sin nombre (cuanto más una inicial), seres que en su despersonalización expresarían al hombre contemporáneo, absorto frente a hechos que lo rebasan, y cuya función en el discurso los volviera fácilmente reconocibles en cualquier cultura. De ahí la universalidad de la angustia que enamaba de sus relatos, todo ello dicho en un lenguaje despojado, cercano a la fría impersonalidad del estilo periodístico. Valiéndose de recursos estilísticos mínimos y de audaces alegorías —muchas veces extraídas del mundo de la ciencia y la naturaleza— Abe parecía interesarse sólo en clasificar a sus personajes, como si se tratara de insectos. Aunque la preocupación social no estaba ausente, ésta se negaba a manifestarse a través de fórmulas fáciles y evidentes. Abe ha mantenido esta posición hasta hoy, aunque a partir de los años ochenta, cuando la sociedad japonesa comenzó a mostrar un mayor grado de sofisticación intelectual derivada quizás de una prosperidad sin precedentes, la actitud minimalista que revela el vacío de las sociedades industriales se volvió lugar común entre los creadores japoneses. Abe, desde entonces, se hizo más obvio.

La dramaturgia de Abe

Las preocupaciones dramáticas de Abe comienzan a manifestarse a mediados de la década de los cincuenta, cuando ya en Japón y en otras partes del mundo se le reconocía como na-

rrador. El teatro pareció constituirse en el vehículo ideal para la materialización de sus obsesiones, sobre todo con los magníficos antecedentes de Beckett, Ionesco y, un poco más tarde, Pinter, con quienes tiene muchos puntos en común. La inmediatez física del teatro y la posibilidad de jugar con las fórmulas gastadas de la comunicación oral cotidiana, le permitieron a Abe plasmar situaciones familiares que, a fuerza de ser obvias, se volvían enigmáticas. En ello radica toda la dificultad de su teatro y de su narrativa. Aun los japoneses de hoy, más acostumbrados al experimento artístico de las vanguardias, consideran a Abe “fácil de seguir” (en sus novelas o dramas), pero “difícil de entender”. Lo que pasa es que no hay nada que entender, sino hay que dejarse llevar por tramas y personajes que no hacen más que poner en evidencia lo absurdo de las acciones cotidianas del hombre.

La maleta, la obra que aquí se traduce y que fue representada por primera vez en Tokio en 1969, responde a esa concepción simple y a la vez compleja de toda la obra de Abe. La situación no podría ser más sencilla: en el transcurso exacto de una hora, marcada por las campanas de un reloj de pared, dos amigas mantienen una plática marcada por la rutina de años de conocimiento mutuo, y durante ésta surge el tema de una extraña maleta que tiene intrigada a la dueña de casa, una mujer casada. Entre conjeturas e intentos por abrir la maleta (que está representada por un hombre), ambas mujeres van descubriendo lo frágil de su amistad, lo precario y desprovisto de confianza mutua que es el matrimonio de la dueña de casa, y la soledad de la amiga soltera.

En esta obra se hallan presentes varios de los temas que preocupan a la sociedad contemporánea. La relación entre mujeres, orientada al rescate de un espacio propio, corre el peligro de conducir a la cosificación del hombre (aquí convertido en maleta). Esa relación está también plagada de contradicciones, producto de siglos de dependencia a las leyes impuestas por el sexo masculino que propiciaron actitudes “típicamente” femeninas: los celos, la rivalidad, la envidia, la maledicencia, la desconfianza mutua frente al hombre, etc. La relación conyugal tampoco sale bien parada en *La maleta*: en la ausencia permanente del hombre de la realidad senti-

mental inmediata de la mujer, en el escamoteo del diálogo que podría propiciar el entendimiento y la superación de los problemas de la vida en común, hay una denuncia implacable de los mecanismos sociales que conducen a la incomunicación. Ambos mundos, el masculino y el femenino, se muestran en esta obra como imposibles de conciliar. La conclusión no es para nada optimista: el ama de casa que solicita su cena por teléfono, cena que hará sola, urgida por un hambre cuyo origen está en la imposibilidad de entender lo que le está sucediendo a su matrimonio y a su relación con la amiga, es una imagen patética de la realidad insoslayable de millones de mujeres. ¿Obra feminista o, por el contrario, misógina? Que cada lector elabore sus conclusiones.

De la traducción

Como ya señalamos, Abe Kooboo no necesita de palabras rebuscadas ni de una sintaxis compleja para plasmar sus pesadillas, normalmente presentadas en forma de alegoría social. En el caso de sus piezas dramáticas, el lenguaje cotidiano le basta y sobra para construir situaciones teñidas de absurdo. *La maleta* está elaborada mediante frases fácilmente identificables con las de cualquier mujer japonesa medianamente joven que vive su rutina sin cuestionarla demasiado. En Japón, el habla femenina está fuertemente codificada y difiere en forma considerable de la del hombre, cuyos diferentes estilos dependen a su vez del estatus social y de las situaciones concretas. En la versión en español se ha tratado de respetar ese lenguaje femenino, cuando ha sido posible, utilizando para ello formas usuales en México. La traducción podría haberse hecho recurriendo a una forma de hablar más neutra, de manera que pudiese llegar a lectores de habla hispana de otras latitudes, pero ello habría restado la espontaneidad del original y, en cierta medida, autenticidad.

En general, cada palabra es equivalente a la que aparece en el texto, excepto cuando se hace referencia a diferentes empresas que cotizan en la bolsa que son desconocidas en México, y cuya mención conduciría a pensar que la obra se desarrolla en Japón, cuando ésta no es en absoluto la inten-

ción del autor, que se resiste a ubicar concretamente sus obras. Si se ha mantenido *ramen*, en el último parlamento, es porque en México se trata de una palabra familiar para cualquier lector medio. Las referencias a los movimientos estudiantiles y a Vietnam no son ajenas a la realidad de América Latina, aunque ya estén alejadas en el tiempo. Si de algo carecen las obras de Abe es de “color local”.

LA MALETA*

PERSONAJES:

MUJER

VISITA (una mujer)

LA MALETA (un hombre)

Un cuarto totalmente blanco. No es necesario detallar la distribución de los muebles y otros objetos para que se vea como cuarto. Sería preferible representarlo por medio de un rectángulo negro en el fondo de la escena o creando un espacio más reducido con cortinas negras. En el centro del cuarto hay una mesa y dos sillas.

Mientras se levanta el telón, un reloj de pared —que por supuesto no se ve— da las 5:00. En la silla de la derecha está sentada la Mujer; en la de la izquierda, la Visita. Ambas sonríen radiantes. La Mujer es una esposa joven recién casada. La Visita es una amiga, todavía soltera.)

Mona Lisa,

* Copyright ©, 1975, Kobo Abe.

sonriendo
con una sonrisa enigmática
te hiciste eterna.

Ni los soldados
de casco y de armadura de hierro
son eternos.

El hierro oxidado se desintegra
volviéndose arena roja.
El deshuesadero
es la tumba del soldado desconocido.

Lo único que no se oxida, Mona Lisa,
es tu sonrisa incorruptible.
Más sólida que cascos y armaduras
es tu máscara sonriente.

Por eso te saludo,
esposa de Francesco del Giocondo,
en tu 490 aniversario.

¡Felicidades,
felicidades,
abuela Mona Lisa!

MUJER.—Tiene algo en el codo

(La Visita, mientras deposita con la mano derecha la ceniza de su cigarrillo en el cenicero, levanta el codo izquierdo hacia la luz.)

VISITA.—¿Dónde?

MUJER.—Ahí. . . Parece un pelo de gato.

VISITA.—No puede ser. . . ¿un gato. . . ?

MUJER.—¿No te gustan los gatos?

VISITA.—*(Con énfasis)* Los odio.

(La Visita, aflojando la espalda, se desliza en la silla. La Mujer, sin cambiar de posición, erguida, se inclina ligeramente hacia adelante. Ambas quedan enfrentadas, sonriéndose mutuamente. Mientras se lee en voz alta el siguiente poema, las luces comienzan a bajar.)

Que no
se te olvide tu sonrisa.
Ocúltate
tras tu máscara sonriente.

Más que una lámina de cobre a prueba de radiaciones
nucleares.
Más que una pared de fibra de vidrio a prueba de
fuego.
Más que un traje de astronauta para protegerse del
vacío.

Tu sonrisa.
Tu máscara sonriente.

El monóxido de carbono de la guerra.
El gas sulfúrico de la bolsa de valores.
Las emanaciones del escape de la historia.
Nada puede intimidar
tu máscara sonriente.

Por eso, Mona Lisa,
no te quites tu máscara,
no despejes la incógnita de tu sonrisa.
La visión de tu cara desnuda
podría provocar un desmayo a la humanidad.
Todavía no hay nadie
que pueda soportar una visión así.

UJER.—Nosotras. . . , ¿cómo diablos decirlo?

ISITA.—¿Sí. . . ?

UJER.—Nos llevamos bien, después de todo. . .

ISITA.—Claro, después de todo. . . *(Consulta su reloj)*

MUJER.—(*Cambiando de tono*) Espero que no te moleste.
 VISITA.—. . .
 MUJER.—(*Esbozando una sonrisa de cariño no demasiado evidente*) Hay algo que quiero que veas.
 VISITA.—Pero ya es la hora de la cena.
 MUJER.—(*Con entusiasmo*) Él vendrá tarde hoy. Voy a encargar algo para comer. ¡Quédate y cenamos juntas! ¿Sí?
 VISITA.—Esta bien.
 MUJER.—(*Algo exagerada*) ¡Qué bueno!
 VISITA.—(*Con la sonrisa contenida*) Siempre la misma, tú.
 MUJER.—Pero por favor, no se lo cuentes a él. Prométemelo.
 VISITA.—¿De qué diablos me estás hablando?
 MUJER.—(*Con decisión*) ¡Espera!

(Al decir esto, la Mujer se pone de pie. Con expresión de que no va aceptar un no como respuesta, sale por la izquierda. La Visita, con cara de duda, observa su salida. Se lleva un cigarrillo a la boca y cuando acaba de encenderlo, la Mujer regresa con una maleta de tamaño mediano. La maleta es, en realidad, un hombre. Naturalmente, no hay que esperar que la Mujer lo cargue con facilidad, de manera que para dar la ilusión de que lo hace, el hombre debe caminar de manera tal que parezca que lo cargan. Por ejemplo, sería aconsejable que, como maleta vieja que es, imitara el andar de un perro, o sea, encorvando el cuerpo, y que llevara una ropa raída y la barba crecida; o que simplemente vistiera pantalones cortos, como muestra patética de su desnudez. La Mujer, con gesto delicado, coloca la maleta en la mesa. Obviamente, tiene que ser el hombre quien se trepe a la mesa, de manera convincente.)

VISITA.—¿Qué es esto?
 MUJER.—Una maleta.
 VISITA.—Eso ya lo veo.
 MUJER.—Todavía no se puede tocar. . . (*Retrocede hacia la pared y enciende la luz del cuarto*)
 VISITA.—(*Girando alrededor de la maleta, con la vista fija en ella*) Se le notan bastante los años, ¿verdad?
 MUJER.—(*Mientras se sienta*). ¡Es de piel auténtica!
 VISITA.—Así parece. . .

- JER.—¡De veras! Acércate y huélela.
 SITA.—¿Qué hay adentro?
 JER.—Tiene llave y no se puede abrir.
 SITA.—El metal está oxidado.
 JER.—Pero se ve bueno.
 SITA.—(*Mirándola de manera inquisitiva*) ¿Y qué hay con lo esto?
 JER.—(*Arrastrando las palabras*) Es que estoy muy preocupada...
 SITA.—(*Deposita la ceniza de su cigarro*)...
 JER.—Por tratarse de ti, me estoy sincerando. Quiero que entiendas. ¿Qué crees que sería bueno hacer?
 SITA.—¿Sobre qué?
 JER.—Quisiera saber qué hay adentro.
 SITA.—Cosas de él, ¿no?
 JER.—(*Asintiendo*) Claro, pero está cerrada con llave.
 SITA.—¿Y con eso qué?
 JER.—Será mejor que me quede con la incógnita.
 SITA.—Tú sí que eres rara. ¿Por qué no le preguntas a él?
 JER.—Por supuesto que ya le pregunté.
 SITA.—¿Y?
 JER.—(*Sacudiendo ligeramente la cabeza*)...
 SITA.—¿No te lo quiso decir?
 JER.—Me dijo que no me preocupara.
 SITA.—De veras que sí.
 SITA.—¿Qué habrá querido decir?
 JER.—¡Qué sospechoso decir que no me preocupara. . ! Es auténtica...
 SITA.—(*Abruptamente*) ¿No será una trampa?
 JER.—¿Una trampa?!
 SITA.—Para probar tu confianza en él. Hasta dónde confías él...
 JER.—(*Atónita*) Tú sí que eres chocante.
 SITA.—Pero se podría pensar, ¿no?
 JER.—Muy chocante.
 SITA.—Un poquito chocante.
 JER.—No, no está bien que la abra.
 SITA.—¿Tienes la llave?
 JER.—No, no la tengo.

VISITA.—Entonces no puedes abrirla.

MUJER.—Me temo que no. . .

(Desde la maleta —el hombre— comienzan a llegar ruidos. La Visita, distraídamente, presta atención. La Mujer observa de sos layo la expresión de la Visita. Los ruidos los hace el hombre como si se tratara de un murmullo o de dos objetos que rozan,

MUJER.—*(Indecisa)* ¿Oyes?

VISITA.—*(Mirando inquisitivamente a la Mujer, se pone d pie).* . .

MUJER.—Tú también lo oyes, ¿verdad?

VISITA.—¿Qué es?

MUJER.—*(Con alivio)* Por suerte. *(Prestando atención a lo ruidos)* Pensé que era una ilusión de mis oídos.

VISITA.—*(Escucha, frunciendo el entrecejo)* ¿Será un ratón *(Breve silencio. Los ruidos se transforman)*

MUJER.—*(Prestando atención)* ¿Tú crees?

VISITA.—Suena como algo vivo.

MUJER.—Sí, ¿no?

VISITA.—*(Irritada)* ¿Qué será?

MUJER.—Es como te decía: no me lo puedo imaginar.

VISITA.—¿Pero qué te dice él?

MUJER.—Que no debo hacerles caso. . .

VISITA.—¡¿Nada más?! ¿No te da ninguna explicación?

MUJER.—*(Como buscando las palabras)* ¿Cómo podría poné: telo para que no se te haga todavía más increíble?

VISITA.—*(Presionándola)* ¿Qué te dice?

MUJER.—*(Acentuando cada sílaba)* An-ces-tros.

VISITA.—¡¿Ancestros?!

MUJER.—Así es.

VISITA.—No, mucho más antiguos.

(La Visita clava los ojos en la maleta. De pronto, esboza un sonrisa como de desprecio. Pero la Mujer le manda una miraa tan intimidatoria que se ve obligada a sentarse.)

VISITA.—Por supuesto, se ha tratar de una metáfora.

MUJER.—¿Tú crees?

ISITA.—Sin duda. Si fueran realmente sus ancestros, se trataría de gente.

UJER.—Pero la gente es algo vivo, ¿no?

ISITA.—No digas tonterías, por favor. Pon más sentido común. No es posible que unos ancestros así estén vivos, y me los veas aún dentro de una maleta como ésta. ¿Tú te lo crees?

UJER.—¡Por supuesto que no!

ISITA.—Pero aun así él insiste.

UJER.—Me dice que no importa que no me lo crea, si eso no me afecta.

Los ruidos dejan de oírse de improviso.)

ISITA.—¡Ya no se oyen!

UJER.—¡Qué ruidos tan molestos! Me ponen los pelos de punta.

ISITA.—¿De qué serán? Me da la impresión de haberlos oído antes.

UJER.—¡Me chocan! ¡Me chocan!

ISITA.—¿Se oyen todo el tiempo?

UJER.—Depende. A veces se oyen y a veces se paran del todo.

ISITA.—Ya. Él se encarga de alimentarlos.

UJER.—¿Alimentarlos?!

ISITA.—Alguien tiene que darles de comer.

UJER.—Ni siquiera me pasó por la cabeza semejante idea.

ISITA.—¿Qué ingenua eres!

Los ruidos se reanudan, pero de pronto se callan.)

UJER.—¿Tendré que abrirla?

ISITA.—¿Cómo, si no tienes la llave?

UJER.—Claro, me pregunto cómo.

ISITA.—*(Mientras investiga la cerradura de la maleta, insistentemente):* una cerradura como ésta se puede abrir con un alfiler o una aguja.

UJER.—*(Como hablando consigo misma)* Me falta valor. Si me decidiera no habría problemas.

ISITA.—¡Vamos, decídetes de una vez!

UJER.—Como si fuera tan fácil.

VISITA.—Se trata de un asunto de pareja, ¿no? Creo que es un derecho natural tuyo.

MUJER.—El derecho a saberlo, ¿verdad?

VISITA.—Tienes el derecho, y en gran medida.

MUJER.—No es normal tener que convivir a diario con esto.

VISITA.—Tienes razón. No es nada normal.

MUJER.—*(Desanimada)* Pero. . .

VISITA.—¿Y ahora qué?

MUJER.—Tengo miedo.

VISITA.—¡¿Qué?!

MUJER.—Cómo decirlo. . .

VISITA.—¡Qué latosa eres! ¿Tienes un alfiler o algo que se le parezca?

MUJER.—¿Qué vas a hacer?

VISITA.—Lo que tanto deseas desde hace tiempo.

MUJER.—¿Y qué es lo que yo deseo, si se puede saber?

VISITA.—No te hagas. Yo la abro y tú me observas. De eso se trata, ¿no?

MUJER.—En ningún momento te pedí que lo hicieras por mí. De veras. . .

VISITA.—¿Entonces lo vas a hacer tú misma?

MUJER.—No es posible. Es qué. . .

VISITA.—Ya ves que es como yo digo. Vamos, dame el alfiler que traes en el pelo.

MUJER.—¿Éste? *(Se quita el alfiler)* ¿Servirá?

(La Visita toma el alfiler y prueba su resistencia con la punta del dedo. Apaga el cigarro en el cenicero e, inclinándose, examina detenidamente la cerradura de la maleta. Con las uñas trata de forzar una de las esquinas. A continuación, introduce lentamente el alfiler en el ojo de la cerradura y con expresión grave comienza a escarbar [la parte del cuerpo del actor donde se supone que está la cerradura queda a elección del director de escena].)

MUJER.—¿Cómo va?

VISITA.—*(Concentrada en su tarea)* Hmm. . .

MUJER.—Parece que tienes mucha experiencia en esto.

VISITA.—¡Sh. . .! Silencio. . . ¡¿Eh?! El ruido. . . De lado. . . Lo siento. . .

MUJER.—(*Se pone de pie y, dando vueltas alrededor de la Visita, observa con atención cómo trabaja en la cerradura*) Espera un momento. . . Perdón, ¿eh?

VISITA.—¿Qué pasa? Justo ahora. . . ¡Vaya! Ya di con el resorte. ¿Lo oyes?

MUJER.—Estoy preocupada por algo.

VISITA.—¡Ya basta! Eres insoportable.

(La Visita, ignorando a la Mujer, se concentra aún más en su tarea. En dos ocasiones, durante unos diez segundos, cambia la posición del alfiler. De nuevo comienzan los ruidos en la maleta y la Visita, alarmada, se aparta de ella. Los ruidos, esta vez, difieren notablemente de los anteriores: se trata de murmullos mezclados con sonidos ininteligibles, y a veces parecen escucharse fragmentos de frases, como, por ejemplo, los siguientes anuncios que se parecen a los de la bolsa: Teléfonos de México, 15 mil, 25 puntos a la baja; Bimbo, 5 mil quinientos, 32 puntos al alza; Luxor, 34 mil, 18 puntos a la baja; Condumex, 9 mil setecientos, 8 puntos al alza; etcétera.)

MUJER.—¿Qué pasa?

VISITA.—Comenzó de nuevo. Para serte franca, odio los insectos, sobre todo los de muchas patas como las arañas y los ciempiés. . .

MUJER.—Pero si la araña no es un insecto.

VISITA.—(*Furiosa*) ¡Cómo! ¿Que la araña no es un insecto?

MUJER.—(*Intimidada*) ¿No que los insectos tienen seis patas?

VISITA.—Entonces, ¿qué es la araña?

MUJER.—(*Confundida*) Me pregunto qué será.

VISITA.—Quizá para ti sea una especie de pulpo, pero me niego de plano a creerlo.

MUJER.—Nadie ha dicho eso.

VISITA.—Lo que quiero decir es que no depende del número de patas.

MUJER.—En eso tienes razón.

VISITA.—Después de todo, las arañas y los mantis se parecen bastante.

MUJER.—Como tú me lo pones, no hay duda de que tienes razón.

VISITA.—Y además, ¡los odio!

(Pausa. Murmullos y ruidos:)

MUJER.—*(A sí misma)* Me pregunto si de veras serán insectos. . .

VISITA.—Hay muchas posibilidades. ¿No son los insectos, antes que nadie, los que pueden vivir más confortablemente en una maleta cerrada?

MUJER.—*(Bajando la voz)* Si son insectos, entonces ha de haber varios centenares.

VISITA.—¡Ay, qué horror!

(De pronto, los ruidos cesan:)

MUJER.—*(Con un suspiro de alivio, pero impaciente)* ¡Ya no se oyen!

VISITA.—*(Sacudiendo la cabeza, devuelve a la Mujer el alfiler)* Aquí le paro.

MUJER.—¿. . .?!

VISITA.—No es que tenga escrúpulos en abrir la maleta, pero odio los insectos.

MUJER.—*(Tomando sin ganas el alfiler)* Vaya que resultaste nerviosa.

VISITA.—Hazlo tú, entonces.

(Durante un momento, ambas quedan con los ojos fijos en la maleta:)

MUJER.—*(Con voz de repente más suave)* ¿Y si usáramos insecticida?

VISITA.—¿Insecticida?!

MUJER.—Sí, tengo uno que es muy bueno. *(Mientras habla, sale hacia el lado izquierdo.)*

VISITA.—*(Alarmada, la detiene)* ¡Espérate! ¿No crees que sea demasiado usar insecticida?

MUJER.—¿Por qué?

VISITA.—*(Balbuceante)* ¿Por qué? ¿Y si acaso. . .?

MUJER.—¿Sí acaso, qué?

ISITA.—Si lo que hay adentro se muriera?

[UJER.—Que se muera. Para eso es el insecticida.

ISITA.—Si fueran insectos no me importaría matarlos. Pero todavía no sabemos con certeza qué hay adentro.

[UJER.—¿Qué otra cosa podría ser?

ISITA.—¿Y yo qué se?

[UJER.—*(Enérgicamente)* Yo no me creo eso de los ancestros.

ISITA.—*(Con calma)* Pensándolo bien, ¿qué tal si, incluso suponiendo que fueran insectos lo que hay adentro, se tratara de una religión que considera a los insectos ancestros del ser humano, y la familia de él, durante generaciones, haya profesado esa religión?

[UJER.—Jamás he oído hablar de una religión así.

ISITA.—Era sólo una suposición.

[UJER.—*(Con expresión meditabunda)* ¿Crees que él se enfadaría si los matamos?

ISITA.—No creo que eso lo haga muy feliz.

[UJER.—Pero tendría que habérmelo dicho antes. Me parece que si se lo guarda para él, parte de la responsabilidad es suya, o importa lo que suceda.

ISITA.—*(Después de un silencio, cambia el tono de la voz)* Finalmente voy a tener que pensar que entre ustedes las cosas se andan tan bien que digamos.

(Se sienta en su silla)

[UJER.—¿Qué te hace pensar así?

ISITA.—¿Como que qué? Esto. . . *(y señala la maleta con la barbilla)* ¿No debería resolverse entre los dos?

[UJER.—*(Sorprendida)* ¡Qué imaginación más fértil! Es una barbaridad que distorsiones así las cosas. Pero no creas que me voy a tomar en serio. Después de todo eres soltera y por eso exageras las cosas. *(Abandona su sonrisa de inocencia)*

ISITA.—*(Molesta)* No me digas. . .

[UJER.—Quisiera que lo tomaras menos a la tremenda.

ISITA.—Si fuera algo para no preocuparse, entonces podrías resolverlo sola. Me niego a involucrarme.

[UJER.—*(Más amigable)* ¡Cómo has cambiado! *(Se sienta en el borde de la silla.)*

VISITA.—¡Tú eres la que ha cambiado!

MUJER.—Es normal que uno cambie algo, sobre todo si día con día tiene que enfrentarse a esta maleta que no deja de hacer ruido. A veces tengo la impresión de que el aire de este cuarto echa patas de ciempiés que se arrastran por mi cuerpo.

VISITA.—¿Y si la cubrieras con una cobija o algo así?

MUJER.—Ya lo hice. Él mismo me dijo que lo hiciera, pero fue inútil. Se siguen oyendo, hagas lo que hagas.

VISITA.—¿Y si dejaras encendida la televisión o la radio?

MUJER.—*(Sacudiendo enérgicamente la cabeza)* No sirve de nada.

VISITA.—Pero si de ruidos se trata, hay muchas cosas que los producen: los coches, los trenes, los aviones y hasta el mismo viento.

(La Mujer clava los ojos en la cara de la Visita. La Visita se achica.)

MUJER.—¿Por qué?

VISITA.—¿Por qué qué?

MUJER.—¿Por qué hablas exactamente igual que él?

VISITA.—¿A poco también él dice lo mismo?

MUJER.—Tengo la impresión de que ustedes dos se han puesto de acuerdo a mis espaldas.

VISITA.—Ya párale. Me estás acusando de . . .

MUJER.—La cosa es que estos ruidos son algo especial. Me repercuten en los huesos como la fresa del dentista. ¡Escucha. . .!

(En ese momento comienzan los ruidos dentro de la maleta, insistentes, desafiantes. . . Las palabras ininteligibles son más abundantes y sofisticadas que antes. Pero sólo se pueden distinguir frases cortas, sin ninguna relación entre ellas, por lo que el significado global se escapa.) “Va incluido. . . el mercado de valores del crimen. . . hacia. . . el siglo de las coartadas. . . un plato de ramen con Marx. . . la esencia. . . sin novedad en el frente. . . el inútil. . . *(Con énfasis)* ¡Absurdo! *(Con tristeza)* Hora pico. . . *(Con voz amable)* Yo, un whisky con agua. . . caseta de cobro del mercado de valores de Vietnam. . .

¡buey!. . . *(Con tono melodioso y como silbado)* Sí, en veinte cómodas mensualidades. . . ¡Está bien, está bien!. . . En lo que se refiere a ese tema, la reciente situación. . . el ala roja de las asociaciones de estudiantes. . . la importancia del vidrio y los deportes aerodinámicos. . . ¿Ah, qué lejos?. . . ¿¡Todavía no has comido!?. . . Asociando el rechazo de los usuarios al imperialismo. . . Juan, el guapo. . .”

VISITA.—*(Se pone de pie bruscamente mirando su reloj)*. . .

MUJER.—*(Se pone de pie al mismo tiempo y habla como si nada hubiera pasado.)* Discúlpame, pero ya hablo por teléfono. ¿Tienes hambre, verdad?

VISITA.—¿Cómo crees que pueda tener hambre con todos estos ruidos?

MUJER.—*(Disculpándose)* Si de veras. . . A mí me tocan todos los días, por eso. . .

VISITA.—¡Ya me voy!

MUJER.—*(Esquiva a la Visita y se para a su derecha)* ¿Por qué?

VISITA.—¿Tiene que haber una razón?

MUJER.—No es eso, pero quisiera que me hablaras francamente, como antes. . . ¿No crees que siempre nos hemos llevado muy bien?

VISITA.—¿Y con eso, qué?

MUJER.—*(Observándola atentamente)* Dímelo sin rodeos: ¿qué opinas de él?

VISITA.—¿De qué sirve mi opinión si no la escuchas?

MUJER.—¿Cómo que no? ¿Sabes? Creo que le has caído muy bien. . .

VISITA.—¡No me digas!

MUJER.—¡De veras! Por eso creo que si te hiciera caso no me equivocaría. Él no va a enojarse si se entera de que es una sugerencia tuya.

VISITA.—*(Echa una mirada a la maleta y después de un silencio continúa)*: ¿Has tenido ya un enfrentamiento con él a causa de esta maleta?

MUJER.—Mi intención era provocarlo, pero. . .

VISITA.—*(Circumspecta)* Ya veo: si lo hicieras tendrías problemas. ¿No será que, a pesar de ser consciente de tu angustia, hace como que nada sucediera?

MUJER.—Sí, así es él.

VISITA.—(*Con simpatía*) Quizá sea más sensible de lo que crees. Yo, con sólo ver las corbatas que usa, me puedo dar una idea de su carácter. En cierta ocasión, no recuerdo cuándo, traía una corbata con rayas azules muy delgadas.

MUJER.—Pero, si soy yo quien le elige sus corbatas. . .

VISITA.—¡Habérmelo dicho!

(*Los ruidos de la maleta cesan. Inconscientemente, las dos voltean a verla.*)

MUJER.—(*De improviso*) Me pregunto si no seré demasiado curiosa. . .

VISITA.—(*Con enojo*) Más bien creo que eres *poco* curiosa. En mi opinión, lo normal sería que lo obligaras a que te hable de esto. Ignoro qué gran secreto se oculte, pero llegar al extremo de dejarla a la vista y con llave. . .

MUJER.—No creo que se trate de un secreto. Si eso entendiste, fue un error mío al expresarme.

VISITA.—Entonces, ¿qué?

MUJER.—Cómo decírtelo. . . No le hace caso. No sólo no lo considera un secreto, sino que no le da la menor importancia. (*Comienzan otra vez los ruidos. Ahora, más que ruidos son palabras, como el siguiente poema breve dicho casi susurrando.*)

Las ondas del agua, peces.
¡Soy yo!
¡Qué olvidadizo!
Soy tu fósil,
un fósil acuático del pasado.

VISITA.—¿No sería bueno, en todo caso, que te mostrara lo que hay adentro?

MUJER.—Es lo que yo también digo, y así se lo manifesté, sin tapujos.

VISITA.—¿Y entonces?

MUJER.—Me dijo que podía abrirla, pero que si yo creía que con eso se solucionaba todo.

VISITA.—¡Ver lo que hay adentro es mejor que *no* verlo!

MUJER.—(*Con convicción*) Eso es lo que le dije.

VISITA.—¿Y entonces?

MUJER.—“Me niego”, dijo. “No investigaría por más que me rogaras. No entiendo por qué te interesas tanto en unos simples ancestros.”

VISITA.—¿Quiere decir que él tampoco ha visto lo que hay adentro?!

MUJER.—Así parece.

VISITA.—(*Con repentino énfasis*) Si le resulta tan indiferente, ¿no sería mejor que se deshiciera ya de la maleta, y la echara a la basura o adonde creyera conveniente?

MUJER.—Según él, deshacerse de ella sería un signo de excesivo interés.

VISITA.—(*Desafiante*) ¿Entonces, qué problema? Vamos a mostrarle *nuestro* gran interés. Rápido. Trae el insecticida. Ancestros: por mi parte no hay nada que me haga retroceder.

MUJER.—. . .

VISITA.—¿Qué te pasa? Ya no puedes echarte atrás.

MUJER.—Supongo que no.

(La Mujer sale apresurada por la derecha. La Visita se pone de pie y camina alrededor de la mesa, con los ojos fijos en la maleta. La mujer regresa con un insecticida en spray.)

MUJER.—(*Deja el insecticida cerca de la maleta*) ¿Servirá?

VISITA.—(*Asintiendo*) ¿En qué parte sería mejor rociarla?

MUJER.—De este lado de la tapa parece que hay un hueco bastante grande. (*Levanta la maleta de un lado, de manera que queda en ángulo con el piso.*) Mientras la mantengo así, tú la rocías.

VISITA.—Me da la impresión de que en mi casa también teníamos una maleta como ésta.

MUJER.—¡Date prisa!

MUJER.—(*Toma vacilante el insecticida*) Aunque no se le preste atención, en cada casa debe haber una maleta como ésta. (*No bien la Visita toca el insecticida, los ruidos se reanudan.*) “Después de inútiles reencarnaciones a lo largo de miles de años, el alma, infiltrada con esfuerzo por la materia, comienza su actividad y descubre el punto central de esta actividad,

es decir, su base de operaciones. Así, lo infinito, que es finito, se despliega como si fuera la bandera de guerra de las ánimas.”

VISITA.—(*Retirando alarmada la mano*) ¡Otra vez!

MUJER.—Por eso es mejor que te des prisa.

VISITA.—Estos ruidos me ponen muy nerviosa.

MUJER.—Ya. Yo pondré el insecticida mientras tú detienes la maleta. (*La deja caer estrepitosamente desde el lado que la sostiene.*)

VISITA.—El matrimonio crea complicaciones, ¿verdad?

MUJER.—Ahora eres tú la que se echa para atrás.

VISITA.—¡Qué agresiva te has vuelto de repente!

MUJER.—Tú eres quien lo propuso.

VISITA.—¡Qué ruidos horribles! Me ponen la carne china.

(*Los ruidos cesan*)

MUJER.—(*Con insistencia*) Ya no se oyen. ¡Ahora!

VISITA.—(*Después de un silencio prolongado*) Oye, ¿no se te hace raro?

MUJER.—¿Qué cosa?

VISITA.—Antes también lo noté, pero creo que los ruidos que llegan de adentro son una respuesta a nuestra conversación.

MUJER.—¡Qué idea tan absurda!

VISITA.—Es que ahora que dije algo indebido, se acabaron los ruidos.

MUJER.—Es pura coincidencia.

VISITA.—Yo creo que no.

MUJER.—¡Tiene que ser una coincidencia!

VISITA.—(*Se dirige a la maleta con hablar pausado*): ¿A ver? Muéstranos lo que haces.

MUJER.—¡No seas ridícula!

(*Pausa breve*)

MUJER.—¿Qué no ves que está quieta?

(*Los ruidos se reanudan, esta vez de manera tal que hacen rechinar los dientes*)

¡Qué lujo inútil! Una maleta de viaje que ni siquiera ha dado un paso fuera de este cuarto. . .”

’ISITA.—(A la maleta) ¡Shh, silencio!

’UJER.—Te dije que así no.

(Los ruidos cesan)

’UJER.—Es una coincidencia, una pura coincidencia.

’ISITA.—Yo no me la creo.

’UJER.—Entonces no hagas cosas que me molestan.

’ISITA.—Cosas que te molestan. . . ¡Qué imaginación!

’UJER.—¿Cómo has cambiado! ¿Desde cuándo eres tan mala?

’ISITA.—¿Yo?! *(Con una leve sonrisa)* Tú eres la que cambió.

’or mi parte, sigo soltera.

’UJER.—No has estado hablando más que puras tonterías.

’ISITA.—No es verdad. Si realmente hubieras necesitado mi ayuda, te la habría ofrecido con gusto.

’UJER.—¿No estoy pidiendo acaso que me ayudes?

’ISITA.—*(Sacudiendo la cabeza)* No seas mentirosa. . .

’UJER.—. . .

’ISITA.—. . . Sólo haces como que la quieres abrir. Y no te ritico. Yo en tu lugar haría lo mismo.

’UJER.—¿Qué quieres decir?

’ISITA.—Supongamos que adentro haya muchos insectos. ¿Qué pasaría?

’UJER.—Me sentiría mucho más tranquila, sin duda.

’ISITA.—¿Por qué?

’UJER.—. . .

’ISITA.—¿No te haría dudar otra vez?

’UJER.—Hay una gran diferencia con momias de ancestros que se arrastran en las sombras.

’ISITA.—Las momias no se arrastran.

’UJER.—*(Hace una pausa y, de repente, continúa):* ¿Te pido un favor? ¿No te la llevarías cuando te vayas? *(La maleta, por primera vez, mira a la cara a la Mujer!)* Es muy ligera. . . Casi no pesa nada. . .

’ISITA.—No, gracias, ya tuve demasiado.

’UJER.—Pero si no pretendo que te la llesves a tu casa. Podrías

dejarla olvidada en el portaequipajes del tren. De veras que es ligera. . . Mira. . .

(Al tocar la maleta, se oye que salta el resorte de la cerradura, y ésta se abre) (La maleta se pone de pie)

VISITA.—¿Qué pasa?

MUJER.—*(Confundida)* La cerradura saltó, ahí. . .

VISITA.—¡De veras!

MUJER.—Se abrió sola. ¿Por qué será?

VISITA.—Porque he estado hurgándola con el alfiler.

MUJER.—Sí, ha de haber sido por eso.

VISITA.—¿Qué otra cosa, si no?

MUJER.—Ya no está cerrada.

VISITA.—Sí, y con sólo presionar con la mano. . .

MUJER.—*(Angustiada)* ¿Qué hacer?

VISITA.—La única cerradura a vencer es la de tu corazón.

MUJER.—Pero tú te opones, ¿verdad?

VISITA.—Si esto te conforma, sí, me opongo.

MUJER.—*(Mirando fijamente a la Visita)* Te he juzgado mal.

VISITA.—*(Poniéndose unos guantes de piel que saca de la bolsa)* ¡No he cambiado nada! *(Saliendo por la izquierda del escenario)* Salúdame, y cuando tengas ganas, llámame. *(Desaparece)*

MUJER.—¡Me choca la gente dogmática! Me pregunto si no estará celosa de mí. . . *(Observando la maleta y como protestando)* ¿Cómo puede estar segura de que yo no quiera abrir la maleta?

(El reloj comienza a dar las seis. La Mujer, alargando el brazo, echa resueltamente el cerrojo a la maleta. Se oye un frío y sonoro eco metálico. La maleta murmura suavemente.)

MUJER.—*(Mientras sale, da rienda suelta a su amargura)* Es mejor así. Si no le hago caso, nada sucederá. *(La maleta habla fragmentadamente, con voz ronca.)* “¡Ah, el orden! Pero lo realmente extraordinario no es el orden en sí, sino la noción de orden. . . En fin, sea lo que sea me da igual.”

(Después de un silencio, desde bastidores llega la voz de la Mujer que habla por teléfono.)

¿Me podría traer una orden de ramen? Sí. . . Lo más pronto posible. . . ¿Qué? ¡Ah!. . . Y que sea con carne de puerco, por favor. . . ¡Rápido!

TELÓN